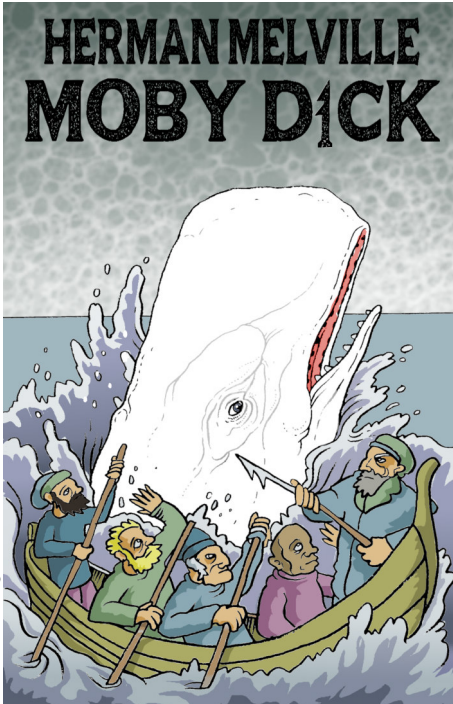


Los animales marinos monstruosos inspiraron grandes obras maestras. Una de ellas es *Moby Dick*, una historia sobre las aventuras de la tripulación de un ballenero que, al mando del capitán Ahab, persigue a *Moby Dick*, una enorme ballena blanca. Tan obsesionado está el capitán con ella, que le promete a su tripulación una recompensa, un doblón de oro, al primero que la vea.

Moby Dick, la gran ballena blanca



Markos Mendiguren

La ballena nadaba a pocas millas por delante de nosotros: con cada ola mostraba su joroba alta y resplandeciente, y disparaba al aire su chorro silencioso.

—El destino me ha reservado a mí el doblón de oro —gritó el capitán Ahab—. Ninguno de vosotros ha sido el primero en avistar a la ballena blanca. ¡A las barcas! ¡Rápido!

Lanzamos los botes al mar y comenzamos a remar a toda prisa. Ahab guiaba el asalto, acompañado de uno de sus hombres.

Moby Dick se revolvió en la serena calma del mar tropical, ocultando su enorme cuerpo y la mandíbula, horriblemente deformada, bajo el agua.

Después, durante un instante, su figura formó un gran arco y, ondeando la cola en el aire como una bandera, se zambulló y

desapareció de nuestra vista.

Ahab, en la popa de su bote, dejó que su mirada vagara por las oscuras extensiones azules (...).

—¡Los pájaros! ¡Los pájaros! —gritó Tashtego.

Una bandada se había precipitado contra el bote de Ahab y ahora revoloteaba por la superficie del agua con sonidos alegres. La vista de los pájaros era más aguda que la del hombre: Ahab no volvió a ver ninguna señal de la ballena. Pero de repente, al escrutar el mar, se fijó en un punto blanco que ascendía con una rapidez formidable y cada vez se veía más grande. Enseguida, dos filas de dientes torcidos surgieron del abismo.

La boca centelleante de *Moby Dick* se abrió de par en par bajo el bote. La ballena hincó los dientes en la madera blanca, haciendo temblar la barca. El cachalote sacudía la ligera embarcación como un gato que juega con un ratón.

Entonces el obsesivo Ahab, furioso por encontrarse tan cerca de su enemigo mortal, agarró con sus propias manos los dientes de la ballena, tratando de zafarse de su agarre. Era un gesto disparatado y desesperado, y mientras se esforzaba en vano, las tablas cedieron. Un segundo más tarde, las mandíbulas de *Moby Dick* partieron en dos el bote como unas tijeras enormes y se cerraron en el mar.

